

Hugo Wast no era antisemita

P. Javier Olivera Ravasi

2012

La primera vez que escuché hablar de Hugo Wast fue en 1996; tenía apenas 19 años. Se informaba en un matutino que la Policía Federal, había secuestrado bajo orden judicial, varias de sus novelas en la librería Huemul¹.

- «¿Qué daño pueden hacer un par de libros?» — me preguntaba.

No entendía por qué agarrárselas con unos cuantos libros...

El episodio me causó, como a todos los jóvenes, curiosidad; más aún cuando me fue explicado que se trataba de una conspiración: de una conspiración silenciosa.

Pasados los años en 2012, mientras escribimos estas líneas, otro diario nacional, publicaba los alaridos de quien funge actualmente el título de presidente; en efecto, la doctora (en discusión) Cristina Fernández Wilhelm, viuda de Kirchner, decía: «Hay una verdadera *batalla cultural*. Nosotros la vamos a seguir dando en todos los campos... Sólo nos podrán vencer cuando hayamos decidido no seguir luchando»².

La batalla cultural en términos gramscianos parece más que nunca estar a la orden del día, aunque no creemos que en Argentina sólo se quede en cultural. Sea como sea, las verdades hay que aceptarlas, las diga el ángel de la guarda o la burra de Balaám.

Las palabras se enmarcaban en una diatriba publicitaria por el cumpleaños número 25 del pasquín marxista «Página 12» (cuya celebración se llevó a cabo en el antiguo edificio de la ESMA); allí, no sólo se recordaron las gestas heroicas de la izquierda militante, sino que incluso se omitieron voluntariamente algunos incómodos nombres como el de Jorge Lanata: durante casi diez años director de dicho matutino (ahora) oficial, y cofundador del mismo. En el discurso oficial y festivo no sólo se lo ignoró sino que ni siquiera se hizo alusión a su persona, lo que motivó que el periodista dijera días después que se sentía «el primer desaparecido de Página 12»³. La revolución se come siempre a sus propios hijos...

Lanata no es el único, ni el primero, ni el último en sufrir conspiraciones del silencio; ha habido en Argentina, pocos (muy pocos) que la han padecido tanto en vida como en muerte (con sólo pensarlo aún hoy nos parece mentira los más de 100 años que debieron esperar los restos de Juan Manuel de Rosas para poder encontrar cristiana sepultura en su patria): Gustavo Martínez Zuviría, alias Hugo Wast, fue uno de ellos.

¹ La orden, según uno de los involucrados, provenía ni más ni menos que del embajador de Israel en la Argentina: Itzak Avirán. La misma fue ejecutada por el judío Carlos Corach, entonces Ministro del Interior de Menem. No se trató, valga la aclaración, de una acción de las fuerzas locales, sino de un mandato de Israel. Pero hay un dato que impide mantener la seriedad como muchas cosas a nivel local: al buscar obras de Wast que atentasen contra la democracia, la tolerancia y el filosemitismo, los incautadores se toparon y secuestraron la obra titulada *Myriam la conspiradora*, haciendo de ella, la «gran prueba» del delito. El fiasco debió ser grande cuando, al abrir la novela se toparon con una conspiración, sí, ¡la de Álzaga en 1812! Desopilante...

² *La Nación*, 31 de Mayo de 2012.

³ *La Nación*, 3 de junio de 2012.

¿Qué motivó dicha proscripción? ¿Por qué uno de los autores locales más traducidos a la lengua extranjera aún hoy sigue siendo olvidado? La pregunta, creemos, admite dos respuestas: la publicación en 1935, de la novela teológica titulada *Kahal-Oro* y (treinta años después) la denuncia de la «historia oficial» en *Año X*.

Fue la primera, a nuestro entender, su caja de Pandora. Para entenderlo mejor, hemos decidido analizarlo en tres partes, a saber: «lo que se dijo sobre Hugo Wast», «lo que Hugo Wast dijo» y «lo que con Hugo Wast hay que seguir diciendo».

1) Lo que se dijo acerca de Hugo Wast

Para adentrarnos en la marea periodística y tratar de analizar los ríos de tinta que corren sobre el tema, hemos elegido una serie de cuatro o cinco artículos aparecidos en los últimos dos años. El asunto (aunque viene de larga data⁴) cobró importancia en nuestros días a partir del momento en que la Biblioteca Nacional de Buenos Aires decidió cambiar el nombre de su hemeroteca cuyo nombre era «Gustavo Martínez Zuviría» (uno de sus directores por más de veinte años). Según leemos en *Página 12*⁵, el director de dicha entidad pública, decía:

Durante muchos años, se les ha pedido a sucesivos directores de la Biblioteca Nacional que procedan a cambiar el nombre de la Hemeroteca, denominada Gustavo Martínez Zuviría. En mi caso personal, *recibí durante cinco años este reclamo por parte de numerosas organizaciones y personas*. Se trataba de la Comisión de Cultura de la Cámara de Diputados — en dos oportunidades —, de importantes intelectuales de nuestro país y del exterior y de instituciones vinculadas con la memoria del Holocausto⁶.

Allí se expresaba también que nuestro autor «publicó novelas antisemitas, como *El Kahal* y *Oro*, en las que cuenta una conspiración judía para apoderarse de Buenos Aires en 1950 con técnicas alquímicas para fabricar oro y arruinar las finanzas capitalistas. Estos folletines, que en su momento contaron con numerosos lectores, tenían un ameno desarrollo basado enteramente en la superchería de los *Protocolos de los Sabios de Sión*, modelo esencial del relato conspirativo universal. A punto de ser traducida masivamente en la Alemania de los años '40, *la novela es finalmente vetada por las editoriales nazis* de la época pues tiene un final 'medieval'. Una joven judía era redimida de sus pecados por el héroe cristiano»⁷.

Para dicho personaje, nuestro autor «pertenece a los sectores más reaccionarios de la Iglesia argentina» por lo que se veía en la obligación de tomar «esta decisión necesaria y pendiente, reclamada por el Parlamento y *sectores plurales de la sociedad*» (retengamos lo de «sectores plurales»). Citando a los «tolerantes» de la historia que van desde Spinoza a Nietzsche, pasando por Tupac Amaru, el señor Director de la Biblioteca ve en el autor de *Alegre al máximo tótem del antisemitismo argentino*, de ahí que el recordarlo, sea una ofensa «a quienes buscan de todas las formas posibles los

⁴ CÉSAR TIEMPO (seudónimo de ISRAEL ZEITLIN), *La campaña antisemita y el director de la Biblioteca Nacional*, Mundo israelita, Buenos Aires 1936, 62 pp. (libro muy bien escrito pero lleno de rimbombante propaganda y con una pobre crítica a H.W.).

⁵ Escribimos estas líneas en Junio de 2012.

⁶ HORACIO GONZÁLEZ, en «Política de nombres», *Página 12*, 29 de Abril de 2010. Las cursivas son nuestras, salvo aclaración.

⁷ Ídem.

nuevos cimientos para reconstruir una democracia avanzada, igualitaria y no discriminativa en la Argentina»⁸.

Pero no sólo desde el libelo oficial se ha publicado a mansalva contra el autor que nos ocupa; en la «tribuna de doctrina» (liberal, por supuesto) como es el diario *La Nación*⁹ se nos dice quiénes estuvieron en el rebautismo de la ratonera biblófila¹⁰: el entonces director de Cultura, Ezequiel Grimson, los «filósofos» León Rozitchner y José Pablo Feimann, el editor Daniel Divinsky, representantes de la agrupación «Madres de Plaza de Mayo» y el director del Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS), Horacio Verbitsky. Todos ellos, imparciales exponentes de la «pluralidad» argentina.

Ha sido este último quien, a nuestro entender, resumió mejor los considerandos de esta sepultura silenciosa; en un artículo titulado no sin inocencia «Cambio cultural»¹¹ y luego de reconocer el avance argentino en materia de derechos humanos (aprobación del «sodomonio», avances en el aborto legal, eutanasia «para todos», etc.), nos advierte en que no confundamos los tantos respecto de nuestro autor pues sus raíces no son hitlerianas, sino otras; Hugo Wast, «dirigió (la Biblioteca Nacional) durante un cuarto de siglo, desde el golpe de Uriburu en 1931 hasta el derrocamiento de Perón en 1955, lo cual muestra el amplio arco de opciones políticas que no consideraba incompatibles con su cosmovisión arcaica y prejuiciosa, que *no debería confundirse con el nazismo porque sus raíces son otras*»¹².

A confesión de parte... ¿pero en qué quedamos? ¿Era o no era nazi?

Según Verbitsky, «las raíces» de Hugo Wast lejos de estar en el nazismo, hay que buscarlas en el antiguo *Colegio del Salvador*, en París, donde vivió y «tomó contacto con *l'Action Française* de Charles Maurras» y la *Acción Católica*; todo esto, alimentado «en 1934 (...) por el Congreso Eucarístico Internacional» hizo que fundamentase su antisemitismo «en la ortodoxia católica y escribió que es preciso amar al judío como prójimo pero odiar “la Sinagoga”»¹³.

En la misma línea de Wast, sigue diciendo el periodista, se encuentra el *nacionalismo católico* de «Octavio Pico, Julio Meinvielle, Pío XI y Pío XII... sin olvidar —dice— que en la misma vereda estaba en épocas de Wast el Episcopado local»¹⁴. Eran otros tiempos, claro...

El ataque entonces se da porque estaba alineado en la vereda del papado y de las inteligencias católicas de la Argentina. Por haber organizado el glorioso Congreso Eucarístico de 1934 y por, finalmente, alinearse en el catolicismo «ortodoxo», es decir, recto.

¿Por qué el ataque? ¿Sólo por sus libros? No. Si bien es cierto que a los pueblos sólo los mueven sus poetas, H.W., no sólo fue atacado por su obra literaria, sino por su activa militancia católica en el terreno de la política¹⁵; es el mismo Verbitsky quien lo

⁸ Ídem

⁹ *La Nación*, 4 de Mayo de 2010.

¹⁰ Hoy llamada *Ezequiel Martínez Estrada*, un personaje menor de la literatura argentina.

¹¹ HORACIO VERBITSKY, en «Cambio cultural», *Página 12*, 9 de mayo de 2010.

¹² Ídem.

¹³ Ídem

¹⁴ Ídem.

¹⁵ De lo que hemos leído contra Wast, es de resaltar el artículo de DANIEL LVOVICH, *Una mirada sobre el antisemitismo de la década de 1930: El Kahal-Oro de Hugo Wast y sus comentaristas*, Cuaderno del CISH nro 5 (1999), Universidad Nacional de La Plata, pp. 131-150. El artículo es tendencioso desde el principio, aunque no deja de ser interesante; principalmente son de destacar para quien quiera adentrarse en las críticas contra

confiesa hasta sangrando por la herida recordando que, al ser designado en 1943 como Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, declaró nuestro autor lo siguiente: «el programa del gobierno consistiría en cristianizar el país, fomentar la natalidad más que la inmigración, asegurar trabajo y techo decorosos a cada familia y extirpar las doctrinas de odio y ateísmo». Para lograrlo, cesanteó a algunos profesores liberales, dio empleo al profesor Jordán Bruno Genta en la Universidad del Litoral y «extendió por decreto la enseñanza religiosa a todas las escuelas públicas nacionales, primarias y secundarias, enmendando la ley de educación laica promulgada»¹⁶.

Es que «sus raíces son otras», como escribía su detractor, pues desde ese momento, «los programas de estudios presentaban a la Iglesia Católica como única poseedora de la verdad y acusaban a los judíos de ingratitud con Jesús». Admitía (eso sí) que «los padres podían elegir que sus hijos no recibieran enseñanza religiosa», pero se quejaba en su inmoralidad de la obligatoriedad de la «Moral» para quienes no perteneciesen a la Iglesia de Cristo. «Cada clase debía comenzar con la señal de la cruz y en la enseñanza de la historia se debía “considerar a Cristo como centro de la historia”», indicaba. Allí nomás señalaba el ideólogo oficial que H.W. no tuvo buena suerte con el nazismo pues «la embajada alemana compró miles de ejemplares de esas novelas (...) pero GMZ perdió el favor alemán porque el antisemitismo teológico católico no procuraba el aniquilamiento sino la conversión»¹⁷.

Es decir, antisemita por buscar la conversión; apóstoles y catequistas, abstenerse entonces...¹⁸

Hasta aquí las detracciones. La defensa del gran pensador católico no fue hecha desde los tejados o las sedes episcopales como demandaba la situación; apenas un obispo y el Instituto que lleva su nombre (a cargo de familiares y amigos) intentaron una respuesta que se perdió en el aullido de tantos lobos¹⁹.

2. Lo que dijo Hugo Wast

Pero vayamos sin más trámite a la obra acusada; como sería tedioso entrar en detalle, veamos el resumen que hace un hijo de Abraham según la carne:

Una oscura conspiración atraviesa y explica la historia mundial desde hace milenios: la conjura judía mundial para dominar a la humanidad. Este complot se organiza a través del *Kahal*, soberano invisible y todopoderoso, que existe dondequiera que haya judíos. Cada una de estas organizaciones locales están subordinadas al *Gran Kahal* de Nueva York, cuyo jefe gobierna desde las sombras a

Wast, los opúsculos de César Tiempo —a quien este autor sigue— (CÉSAR TIEMPO, *op. cit.*) y el de LÁZARO SCHALLMAN, *Hugo Wast anticristiano. Disparates, contradicciones y paralogismos acumulados por el fantaseador de «El Kahal»*, Talleres Gráficos Musmarra Hnos., Rosario 1936.

¹⁶ HORACIO VERBITSKY, *op. cit.*

¹⁷ *Idem.*

¹⁸ Más de un año y medio después del cambio de nombre de la Hemeroteca, la AMIA (Asociación Mutual Israelita Argentina) reclamó retirar el nombre de Hugo Wast de una muestra de libros católicos, considerando al autor como «un nefasto personaje de la historia argentina, caracterizado por su antisemitismo» que «en 1944 fue descubierto colaborando en tareas de espionaje para el Eje» (¿?) (Diario *La Prensa*, 2 de noviembre de 2011). Extrañamente a lo que estamos acostumbrados en Argentina y con virilidad cristiana, su director se opuso tenazmente.

¹⁹ Comunicado del «Instituto Hugo Wast» firmado por Pío Martínez Zuviría y Guillermo Martínez Zuviría, del 8 de mayo de 2010 (<http://redpatrioticargentina.blogspot.com.ar/2010/05/comunicado-del-instituto-hugo-wast.html>). Por nuestra parte, pensábamos que nos encontraríamos con una enorme cantidad de apologistas de H.G. al comenzar a redactar estas líneas. Estábamos muy equivocados.

los israelitas de acuerdo a las normas del *Talmud*. El arma principal de los judíos para la conquista del mundo es la acumulación del oro, mediante el cual lograrían subyugar a los bancos, explotar a los productores y esclavizar a los gobiernos de todo el planeta. Sin embargo, la nación israelita se había dividido en dos bandos a partir de las discordias de dos grupos de banqueros poderosísimos: los Rheingold, que dominaban en Francia e Inglaterra y los Meyerbeer, omnipotentes a las finanzas de Estados Unidos y Alemania. Ambos grupos defendían opuestas doctrinas financieras, lo que no les impedía beneficiarse alternativamente de las situaciones de guerra y paz, con los que los ganadores en cualquier circunstancia eran siempre los judíos. Para alcanzar sus objetivos —continúa la novela— los judíos han desatado guerras, generando crisis económicas, difundido las teorías económicas que los benefician, controlando la prensa, impulsado el voto universal y desatado revoluciones sociales, beneficiándose del sufrimiento de naciones enteras en su ciego afán de fortuna.

En Argentina, dos familias se disputan la jefatura del *Gran Kahal* local: los Kohen, representantes de la casa Meyerbeer y los Blumen, aliados de los Rheingold. En sus pujas la traición es el método habitual, y los casamientos con jóvenes católicas un ardid para acumular poder y riqueza. El plan de dominación dirigido desde Nueva York se verá puesto en peligro por Julius Ram, un alquimista que en Buenos Aires, dice haber descubierto el secreto de la transmutación de los metales, con el que las finanzas judías se hubieran visto arruinadas, ya que el oro se hubiera podido producir a partir del plomo y el único valor que conservaría sería el de uso. Aunque pronto se descubriría que la invención de Ram no resultaba ser más que una mistificación, una hábil maniobra de Fernando Adalid —Presidente del Banco de Sud América y candidato a Presidente de la Nación por las fuerzas conservadoras, miembro de una antigua y católica familia argentina— logrará, mediante un definitivo derrumbe del precio del oro, arruinar los planes hebreos y beneficiar a todo el resto de la población. Desaparecido el poder del oro, Mauricio Kohen —último descendiente de la familia que había sido desplazada por los Blumen del control del Gran Kahal de Buenos Aires— descubre que el Dios de Israel ha muerto, y conmovido por los actos del Congreso Eucarístico de 1934, abre su corazón a Jesucristo²⁰.

Hasta aquí el resumen del libro; muy bueno, por cierto. La obra, precedida de un prólogo²¹ al que nos referiremos más adelante, es casi una novela policial. ¿Qué denuncias se leen? ¿Qué acusaciones se dan contra los judíos? ¿Contra todos?

En realidad, Wast no ahorra ni elogios ni críticas al judaísmo, entendido éste como una nación que se crea y recrea a sí misma, para utilizar términos marxistas²². Vayamos resaltando algunos de sus conceptos vertidos en la novela.

a. El oro judío

El pueblo elegido, según Wast, ha tenido la costumbre desde las épocas del becerro dorado en volcarse hacia el noble metal, ya que ha sabido que «mejor que la espada, (es) el fusil; mejor que el fusil, el cañón; mejor que el cañón, el oro»²³. Es a partir del oro y las finanzas como los «elegidos» dominan el mundo y se favorecen de las crisis económicas (la de 1929 es una muestra en la novela), como se deja leer:

²⁰ DANIEL LVOVICH, *op. cit.*, 136-137. Sobre la existencia real del *kahal*, la cuestión está discutida; algunos la refieren como «la forma suprema de organización judía y el centro gubernamental que coordina unidades representativas locales alrededor del mundo que a su vez se dividen en unidades distritales llamadas *kehillas*» (cfr. ROBERT M. SELTZER, *Jewish People, Jewish Thought: The Jewish Experience in History*, MacMillan, New York 1980).

²¹ Dicho *Prólogo* fue publicado casi simultáneamente en una separata bajo el título *Buenos Aires, Futura Babilonia*, Editores de Hugo Wast, Buenos Aires 1935, 38 pp.

²² HUGO WAST, *El Kahal-Oro*, Thau, Buenos Aires 1984, pp. 394. Las citas corresponden siempre a esta edición.

²³ HUGO WAST, *op. cit.*, 46.

—Créame —le dice uno de los personajes al presidente de la Nación Argentina—, la obra maestra de los financieros ha sido desencadenar esta crisis, para explotarla.

El presidente objetó:

—No puedo creer; sería un suicidio, porque muchos y de los más poderosos se han arruinado.

— ¡Así es! Pero, ¿se ha fijado usted a qué religión pertenecen los financieros arruinados?

— Le confieso que no. ¿Tiene algo que ver la religión con los negocios?

—¡Sí! ¡Mucho! No encontrarán un solo judío entre los arruinados. ¡Y en ninguna parte del mundo!²⁴.

La especulación financiera, aprovechando la escasez del oro crea una crisis natural en este mundo que tiene «fe» en el «patrón oro»:

Los judíos son los banqueros del mundo —sigue enseñando uno de sus personajes. No hay gobierno que no sea su deudor. Poseen las tres cuartas partes del oro que existe. Y el oro es la base de las monedas y, por lo tanto, del sistema bancario de todos los países civilizados. A una señal del Gran Kahal, de Nueva York, que es la autoridad omnipotente y oculta que mueve este colosal mecanismo, retiran de la circulación parte de ese oro²⁵.

Wast no habla a boca de jarro; conocía la Historia Sagrada y era un estudioso de la moneda como tipo de cambio; su formación como catedrático en Economía Política era impecable y sabía del invento monetario antiquísimo y del valor «fiduciario» del oro. Teniendo lo que respalda la emisión monetaria, entonces se tiene el mundo, escribía.

El oro (como hoy el dólar o el euro) sigue siendo el Mamón a quien todos adoramos. Pero no es lo único que nuestro autor se anima a decir. Hay más barbaridades.

b. El Talmud, no el Pentateuco

Ese pueblo voluntarioso e inteligente que había sido elegido por Dios para ser el depositario de Sus promesas y otorgado el secreto de las Escrituras, poco a poco fue volcándose a lo que Cristo llamaba «tradiciones de hombres» (Mt 15,9). Lejos de lo que se cree, no es la observancia del Pentateuco (los primeros cinco libros de la Biblia) lo que guía al pueblo de Israel, sino la del Talmud, una especie de código civil-penal-religioso, aún más importante que la Biblia; es esta «la verdadera religión de los judíos»:

Los cristianos piensan que ser judío es profesar la religión judaica. No se imaginan que es otra cosa: que es *pertenecer a una nación distinta* de aquella en que se ha nacido o se vive (...) La Sinagoga es el alma del judaísmo. *El alma de la Sinagoga no es la Biblia; es el Talmud*. Y el alma del Talmud es el *Kahal* (...): tribunal misterioso, como una sociedad de carbonarios, existe dondequiera, que hay judíos (...). Y si se trata de una capital populosa, donde habitan millares de hebreos, se instala un *Gran Kahal*, con jurisdicción sobre todos los *kahales* del país (...). Y, aunque instituido para aplicar la ley de Moisés y el Talmud, en la práctica desborda y contradice a la misma ley (...). El mismo Talmud proclama la infalibilidad y la omni-

²⁴ HUGO WAST, *op. cit.*, 105. Las cursivas, salvo aclaración, son nuestras.

²⁵ HUGO WAST, *op. cit.*, 108.

potencia de los rabinos, sus intérpretes. «Hijo mío, atiende más a las palabras de los rabinos que a las palabras de la ley (Erubin, 21b)»²⁶.

Pocos saben que el Talmud no es la Biblia, sino la recopilación de las doctrinas rabínicas que —al decir del ex-rabino Drach)— «designa el gran cuerpo de doctrina de los judíos, en el que trabajan sucesivamente, en épocas diferentes, los más acreditados ministros de Israel. Es el código completo, civil y religioso, de la sinagoga»²⁷. Se entiende, entonces, el reproche de Nuestro Señor, al decir que ese pueblo «enseña doctrinas que son tradiciones de hombres». Fueron estas tradiciones humanas las que según el Crucificado, poco a poco alejaron a Israel de las promesas y del verdadero Mesías. Porque la ceguera espiritual es peor que la carnal²⁸.

c. El Mesías es Israel

«Si siguen el Talmud —podríamos preguntarnos—¿qué hacen con las Escrituras? ¿Cómo dan cuenta de la espera del Mesías? ¿Cuándo ha de llegar para ellos?».

El interrogante está mal planteado; es anacrónico pues, *el Mesías ya llegó* para ellos, porque *el Mesías es Israel*.

En la obra de Wast, uno de sus personajes apellidado Blumen no sólo cree en el Mesías-Israel, sino que declara la enemistad con el «falso Mesías» que es el Cristo, el «impostor»:

Aunque prácticamente ateo, creía en el advenimiento del mesías, pero *no un mesías personal*, sino el propio reino de Israel, que alcanzaría la plenitud de su gloria con la llegada del Anticristo. (...) *Cristo* (es la), única valla que se opone a la hegemonía de Israel, cuyo nombre extraño contiene su historia y hasta su política: «*El que lucha contra Dios*»²⁹.

Israel debe dominar al mundo pues *Israel es el Cristo-Rey* de este mundo:

Somos —continúa diciendo Wast en boca de un jefe de la Sinagoga— el pueblo escogido y a la vez ‘el de dura cerviz’. Predestinados para dominar el mundo, no tenemos patria. Nuestro libro religioso, el Talmud, es el más prolijo tratado comercial que pudiera inventar el más alevoso banquero. Elevamos altares al Señor, y no bien se aleja Moisés, imploramos a su hermano Aarón que nos fabrique un ídolo. Y él, sumo sacerdote de Jehovah, funde con sus manos un becerro de oro. «¡Israel, he aquí tu dios!» (...) Somos místicos y religiosos, pero nuestra esperanza está solamente en los bienes de este mundo. Ignoramos lo que hay más allá, y establecemos aquí nuestro paraíso. Dios no nos ha creado para ganar el cielo, sino para dominar la tierra. Ésa es nuestra fe³⁰.

Es a partir de la mesianidad de Israel de donde surge el derecho de dominación sobre el mundo. Es la predilección divina lo que le permite poner «a sus enemigos como estrado de sus pies», según el salmo (ps. 110). «Es necesario que Cristo reine», decía San Pablo (1 Cor 15,25); pero el Cristo, el Mesías de Dios, es el pueblo elegido.

²⁶ HUGO WAST, *op. cit.*, 48-51.

²⁷ PAULUS L. B. DRACH, *De l'harmonie entre l'Église et la Synagogue*, Paul Melier, Libraire-éditeurs, Paris, 1844 (citado por JULIO MEINVILLE, *El Judío en el misterio de la historia*, Cruz y Fierro, Bs.As. 1982, 46).

²⁸ En la Edad Media, según una antigua costumbre, se acostumbraba representar a la Sinagoga como a una mujer con los ojos vendados, signo de no haber reconocido al Mesías.

²⁹ HUGO WAST, *op. cit.*, 80.

³⁰ HUGO WAST, *op. cit.*, 132-133.

Ha sido quizás el siglo XIX, el convulsionado siglo de las revoluciones el que, a todas luces permitió hacer pensar a los hijos de la Sinagoga que *el dominio mesiánico parecía estar llegando*. Uno de los personajes wastianos decía:

Los dieciocho siglos anteriores a la Revolución Francesa, llevaron la marca de Cristo... ¡Maldito sea el impostor! Pero desde el siglo XIX los años tienen la marca de Israel. ¡Bendito sea el santo nombre de Dios! (...). Nuestra obra ha sido hábil y completa. Nos estorbaba la aristocracia. Los nobles oprimían con la izquierda a sus vasallos, pero los defendían con la derecha. El socialismo, el comunismo, el bolchevismo, han aplastado a los nobles y abierto el camino a los financistas de nuestra raza, que hoy mandan más que los reyes³¹.

Ese dominio no se daría gratuitamente ni se impondría por sí solo; necesitaba del trabajo constante y de una enorme campaña propagandística para que, lo que había sido el mundo cristiano, cambiase desde sus bases el modo de pensar, de actuar, de sentir. ¿Cómo imponer el dominio ante estructuras tan jerarquizadas? ¿Cómo cambiar el «sentido común» (según palabras de Gramsci)? Era necesario imponer algunas nuevas verdades, como las de la democracia y la soberanía popular:

—Para obtener la mayoría, daremos voto a todo el mundo, sin distinción de clases.

—Vosotros sabéis lo desastrosa que ha sido para los gentiles la idea, absolutamente idiota, de que ninguna diferencia debe existir entre las clases sociales.

—Pero eso —objetó Marta— es el sufragio universal, como existe aquí. ¿Afirmaría usted que la igualdad entre los hombres no es idea cristiana, sino judía?

—¡No! La idea cristiana es la igualdad de los derechos específicos fundamentales: el derecho a la vida, a la familia, a la libertad, a la educación. El concepto judío es la igualdad electoral: lo mismo vale el voto del arzobispo de Buenos Aires, o del rector de la universidad, que el de asesinos, ladrones y rufianes. Lo mismo el voto del hombre ilustrado, que sabe por quién vota, que el del analfabeto o del atorrante, que lo venden por un vaso de vino.

—¿Y qué les importa a los judíos que los pueblos cristianos se gobiernen de un modo u otro?

—Sí les importa. Les interesa que adopten formas de gobierno que los lleven a la anarquía y a la revolución³².

d. El brazo de la propaganda

Las ideas no se imponen por sí solas y a partir de los medios de comunicación, el verdadero opio del pueblo, ayudarían a modelar el tipo de electorado *a piacere*; ya no hace falta conquistar tierras, sino inteligencias:

¡Sí! El triunfo es seguro y está cercano. No tenemos ejércitos, pero dominamos la mayoría de los grandes diarios y de las agencias de publicidad, y gobernamos los nervios de la humanidad. Asesinad cristianos en México, en España, en Rusia; eso no tiene importancia, no lo transmiten nuestras agencias, ni lo publican nuestros diarios. Atropellad un judío en Alemania o en Polonia y escucharéis la grito del mundo: intolerancia, *pogrom*, antisemitismo. Y el mundo que no ha llorado el martirio de un millón de cristianos en Rusia rasgará sus vestidos, porque a un profesor israelita le han quitado en Berlín una cátedra³³.

Y más adelante seguirá diciendo:

³¹ HUGO WAST, *op. cit.*, 325.

³² HUGO WAST, *op. cit.*, 152-153.

³³ HUGO WAST, *op. cit.*, 269.

El *kahal* posee una tercera arma: la propaganda. Nuestros son la mayor parte de los diarios y casi todas las agencias de publicidad. Casi todos los teatros y cinematógrafos son nuestros y los autores y sabios están obligados a consultar nuestras conveniencias, si quieren tener éxito. En los últimos años los autores en boga han sido invariablemente judíos o judaizantes. Nosotros lanzamos las modas que corrompen a las mujeres *goyim*, y hacemos la opinión pública y desacreditamos al clero papista, nuestro gran enemigo, y ganamos elecciones, y llevamos hombres nuestros a los Parlamentos, para que dicten las leyes que nos convienen y ahoguen las investigaciones que puedan comprometernos³⁴.

e. La conversión del judío: ¿posible?

Este «crisol de razas» que sigue siendo la Argentina, ha recibido innumerables multitudes de pueblos: italianos, españoles, franceses, irlandeses... todos se han afincado en una tierra que no ha discriminado; el judío no fue la excepción. Muchos de los pueblos (es verdad) ya venían acristianados mientras que otros se volcaron a la verdadera Fe.

Los hijos de Abraham también abrazaron dicha Fe pues para un judío verdadero y sin doblez, su razón de ser es el preparar la venida del Salvador (*salus iudaeorum*) y abrazarla cuando llegue. Ellos han sido en cuanto pueblo el primero en el honor y gloria, como narra el mismo San Pablo: «gloria, honor y paz a todo el que obre el bien; al judío primeramente y también al griego» (Rom 2,9-10), de allí que muchas y santas hayan sido las conversiones desde el principio de la nueva y última alianza hasta nuestros días.

Es verdad, sin embargo, que no siempre las conversiones fueron sinceras como denota la historia de la Iglesia; así plantea el problema Hugo Wast en boca de sus personajes:

¡Escuchad! Vosotros sabéis que el judaísmo es indeleble como el color de la piel. Porque no es una religión sino una raza, la primera y la única que salió de las manos del Eterno (¡Bendito sea Él). ¿Por qué los judíos no mandamos misioneros como los *goyim*? Porque sabemos que ningún convertido a nuestra religión se volverá judío. Como sabemos, también, que hay millones de judíos que han renegado aparentemente de su religión, y siguen siendo tan fieles como el más sabio rabino. ¡Acordaos de nuestro Maimónides, que se hizo mahometano! (...). Extrajo de sus bolsillos un texto y leyó esta prescripción talmúdica: «El hombre debe ser astuto por temor de Dios»; y a renglón seguido, este comentario del famoso rabino Ben Ascher: «Se permite a un judío engañar a los idólatras haciéndoles creer que se ha hecho cristiano»³⁵.

Podrá acusarse a Wast de demasiado duro con dicha expresión, aunque sigue en esto los textos judíos que cita en el *Prólogo*. Sea como sea, uno de sus protagonistas terminará por convertirse santamente al final de la novela, como un santo sacerdote había predicho a la joven Berta Ram, enamorada perdidamente y angustiada por la conversión de su amor:

—¡Padre, apenas entiendo!

—Ya lo sé; estas cosas son extensas y profundas. Por ahora, pídale a Dios la conversión de ese hombre, y no le preocupen sus palabras...

—Él dice que el judaísmo es una marca indeleble, y no la borra ni el martirio.

³⁴ HUGO WAST, *op. cit.*, 375.

³⁵ HUGO WAST, *op. cit.*, 87-88.

—¡Presunción, vanidad! Las marcas que hacen los hombres, las borra Dios con la misma facilidad con que el mar borra los dibujos trazados en la arena por la mano de un niño. Ese hombre no es más judío que Saulo; y Saulo, convertido, fue San Pablo. Rece y espere. No olvide que este pueblo de dura cerviz fue el pueblo elegido. Cristo mismo es de la estirpe de David. Y el propio San Pablo ha dicho: «¿Pensáis que Dios ha desechado a su pueblo? No, puesto que yo soy del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín. Y si los judíos son enemigos vuestros, a causa del Evangelio, no olvidéis que son muy amados del Señor, a causa de sus padres y de las promesas que les ha hecho...» (Rom, 11)³⁶.

Los judíos pueden convertirse ¡sin duda! Para muestra de ello basta con recordar en los últimos dos siglos los casos emblemáticos de Alfonso Ratisbona, Edith Stein o Eugenio Zolli, entre otros.

Pero no basta con el análisis literario. Hugo Wast recordó verdades completamente incorrectas que, hasta haciéndonos violencia y juntando vigor, debemos repetir para no ser perros mudos.

Son verdades silenciadas; verdades olvidadas e incómodas, pero verdades al fin.

3. Lo que hay que volver a decir con Hugo Wast

Si jugásemos a ser marxistas diríamos que nos encontramos en la síntesis. Luego de haber pasado por la crítica y por las palabras de nuestro autor, nos queda ahora dar una síntesis del tema, cosa que no es fácil; no es que nos falte información (justamente es de lo que sobra)³⁷; se trata del tema escabroso de la eterna «cuestión judía» lo que muchas veces paraliza, como a los apóstoles en el Cenáculo (Jn 20,19).

No nos encontramos solos en esta empresa; es cierto. Hay muchos, incluso entre escritores y pensadores de extracto judío, quienes ya pasaron por el trance de hablar con parresía³⁸. Hugo Wast se vio en una encrucijada similar al dar a luz su obra más polémica; sabía que una catarata de críticas vendría sobre él y por eso mismo comenzó su libro con un prólogo erudito y comprometido. Dicho trabajo sería el que —aún más que la novela— le ganase la persecución «hasta la quinta generación»³⁹.

Allí, utilizando principalmente fuentes hebreas, nuestro autor intentó condensar el pensamiento católico tradicional acerca del judaísmo, del cual daremos aquí una apretada síntesis⁴⁰.

a. Que no es antisemitismo el estar en contra de una doctrina

Hay que repetirlo hasta el cansancio pues mucho se ha acusado a Wast de «antisemita» y no es fácil levantar el cargo cuando, según se indica, el 96% de los

³⁶ HUGO WAST, *op. cit.*, 229

³⁷ Sólo para citar algunos títulos conocidos: HENRY FORD, *El judío internacional*, Editorial temas contemporáneos, 1983, 514 pp.; BERNARD LAZARE, *El Antisemitismo*, La Bastilla, Bs.As. 1974, pp. 317; JULIO MEINVIELLE, *op. cit.*; DAVID NÚÑEZ, *Los deicidas*, Organización San José, Bs.As. 1968, 135pp.

³⁸ En los últimos años, el historiador Ariel Toaff, hijo del gran rabino de Roma, ha sido ejemplo de ello por su libro *Pasque di sangue*, donde se narra el asesinato ritual de niños católicos, en manos de judíos durante la Edad Media.

³⁹ Carta del mismo Hugo Wast publicada en *La Nación* ante el boicot que sufrían sus libros, en Agosto de 1935.

⁴⁰ De lo que conocemos y tan o más silenciado que Wast, el libro del Padre Meinvielle, no tiene desperdicio acerca del problema judío.

medios de comunicación mundial están en manos del judaísmo⁴¹. Debemos recordar, entonces, que si bien el odio a personas o razas es anticristiano, no lo es el odio a las malas doctrinas⁴²:

—¡Acordaos que N. S. Jesucristo era judío y judía su Santísima Madre, y todos los santos apóstoles, y también San Pablo!

—¡Todo racismo es anticristiano!

—¡Los judíos se convertirán al final de los tiempos!

Estamos de acuerdo. Pero *si el odio a una persona o a una raza es siempre anticristiano, el odio a una mala doctrina, o a una institución que la encarna, es, por el contrario, virtuoso y laudable.*

El odio a los protestantes es perverso y anticatólico; *el odio al protestantismo es profundamente católico*, y hasta se han fundado órdenes religiosas para combatirlo.

Con la misma razón podemos decir que si el odio al judío es anticatólico, porque debemos amarlo como a prójimo, el odio a las doctrinas de la Sinagoga, autoridad civil y religiosa del judaísmo, que persigue la destrucción de la Iglesia Romana y pretende establecer en todo el mundo el imperio de su espíritu, abolido por Cristo, y el dominio del oro, instrumento de opresión de los pueblos, ese odio, mejor dicho, ese toque de somatén contra la Sinagoga, es auténticamente católico⁴³.

No es pecado estar en guardia y menos que menos es pecado el hecho de odiar las doctrinas odiosas. Hoy por hoy es fácil descalificar al enemigo diciéndole «antisemita», «facho», «discriminador», sin importar la verdad de las palabras.

Siempre habrá quien se escandalice de estas palabras, como también le sucedió al Crucificado:

Ya en tiempos de Cristo los fariseos aparentaban escandalizarse de su doctrina. No nos asustemos, pues, de que algunas almas medrosas hoy se hagan cruces de nuestro lenguaje. El propio Jesús (...) considerando sólo a la generalidad, llamó a los judíos raza diabólica (...): «Vosotros sois hijos del diablo» (Jn 8, 38-44) (...). Si llamar a los judíos perseguidores de la religión no es cristiano, tampoco fue cristiano el primer mártir de la nueva Ley, San Esteban. Si decir que los judíos son enemigos del género humano no es cristiano, no fue cristiano San Pablo, cuando dijo de ellos: «Los cuales también mataron al Señor Jesús, y a los Profetas, y nos han perseguido a nosotros, y no son del agrado de Dios, y *son enemigos de todos los hombres* (1 Tes, 2,15)»⁴⁴.

El antisemitismo, como tal, constituye un pecado condenado por la Iglesia; «amar al prójimo» e incluso «amar al enemigo», son las consignas del Hijo de Dios. Pero no parecen ser las mismas consignas de aquellos que el mismo Verbo llamó «raza de víboras» (Mt 3,7). En cuanto doctrinas y luego de la venida del verdadero Mesías, judaísmo y cristianismo, se contraponen como el agua y el aceite. No son ya mixturables pues el hacha se puso «a la raíz del árbol» (Mt 3,10), de ahí que el judío encuentre como principal acusador de su incredulidad al mismo Cristo, por lo tanto, a su prolongación que es la Iglesia. El famoso rabino Drach, convertido luego al

⁴¹ Según el sociólogo noruego Johan Galtung, son familias sionistas (<http://tenacarlos.wordpress.com/2012/05/03/6-familias-sionistas-controlan-el-96-de-los-medios-de-comunicacion-occidentales/>; consultada el 17 de Julio de 2012)

⁴² El mismo Hugo Wast plantea el asunto en uno de los subtítulos del *Prólogo* (p. 13).

⁴³ HUGO WAST, *op. cit.*, 12-13.

⁴⁴ HUGO WAST, *op. cit.*, 14-15.

cristianismo, decía que «el Mesías que los judíos se obstinan en esperar, a pesar de que éste se obstina en no venir, debe ser un gran conquistador que hará a todas las naciones del mundo esclavas de los judíos»⁴⁵. La Sinagoga, es decir, la doctrina judía, al esperar a Quien ya ha venido, espera sin sentido y, como tal, se autoproclama Mesías, haciéndose cada día más acreedor de la acusación cristiana: «seguís tradiciones de hombres». Su esperanza está aquí abajo, como dice el mismo Wast: «el judío encuentra insustancial la esperanza del cielo. No sabe ni quiere saber de las cosas del otro mundo. Cree en el paraíso terrenal. No siempre es ateo, pero siempre es anticristiano»⁴⁶, es decir, se pone en el lugar de Cristo.

b. Que «la cuestión judía» no es un invento de Hugo Wast, sino de los judíos

Pero ¿por qué se habla tanto del pueblo elegido, no tanto de los polacos, de los rusos, de los gitanos? ¿Qué tiene esta gente que suscita odios y amores, predilecciones y expulsiones? Siguiendo a Wast, la «cuestión judía» es el misterio de un pueblo elegido por Dios para depositar allí Sus promesas y hacerlo partícipe de un protagonismo sin igual a lo largo de la historia. No fueron los griegos, ni los romanos, ni los fenicios, los depositarios de las promesas mesiánicas. Fue Israel de donde, independientemente de sus traiciones, idolatrías y persecuciones vendría el Hijo de Dios vivo; aceptar a Cristo era su gloria y rechazarlo su eterno problema: «caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (Mt 27,25), dijeron el Viernes de Pasión:

Hace muchos años, en mi mocedad, escribí una novelita con el título de *El judío*, para no recuerdo qué revista española. Me la devolvieron sin publicarla, y me dieron como razón de no aceptarla el que la obrilla *defendía a los judíos* (...). El episodio sólo sirvió para enardecer en mi joven corazón una romántica simpatía hacia el pueblo más perseguido de la historia (...). Han pasado treinta años. Seguimos creyendo que aquí no existe un problema inglés, ni francés, ni alemán, ni español, ni italiano. Pero ya no pensamos igual respecto de los judíos. ¿Qué significa eso? Significa que este país (...) ha visto nacer el conflicto del que no se ha librado ningún pueblo, en ningún siglo: *la cuestión judía*. Efectivamente, releendo la historia, penetrando hasta en los tiempos más remotos, observamos este hecho singular: *en todas partes el judío aparece en lucha con la nación en cuyo seno habita*⁴⁷.

Un pueblo difícil de amalgamarse, difícil de reunir (Wast escribe trece años antes de la fundación del «Estado de Israel», en 1948), que no se mezcla fácilmente con el resto... Otro autor mucho más lejano como Marx ya había dicho que encontraba «en el judaísmo un elemento *antisocial*»⁴⁸; pero no fue el único.

Bernard Lazare —escribe Wast— uno de los escritores judíos que mejor han diseccionado el espíritu de Israel, en su excelente libro *L'antisemitisme* plantea la cuestión: «¿Qué virtudes o qué vicios valieron al judío esta universal enemistad? ¿Por qué fue a su tiempo igualmente odiado y maltratado por los alejandrinos y por los romanos, por los persas y por los árabes, por los turcos y por las naciones cristianas? Porque en todas partes y hasta en nuestros días, el judío fue un ser insociable. Porque jamás entraron en las ciudades como ciudadanos sino como privilegiados. Querían ante todo, habiendo abandonado la Palestina, permanecer judíos, y su patria era siempre Jerusalén. Consideraban impuro el suelo extranjero y se creaban en cada ciudad una

⁴⁵ DAVID PAUL DRACH, *De l'harmonie entre l'Eglise et la Synagogue*, citado por JULIO MEINVILLE, *op. cit.*, 74.

⁴⁶ HUGO WAST, *op. cit.*, 46.

⁴⁷ HUGO WAST, *op. cit.*, 9-10.

⁴⁸ KARL MARX, *La cuestión judía*, 20. www.rubenkotler.com.ar/attachments/214_kmarx.pdf (consultada el 21/06/2012).

especie de territorio sagrado. Se casaban entre ellos; no recibían a nadie... El misterio de que se rodeaban excitaba la curiosidad y a la vez la aversión»²⁵.

El judío hace un estado dentro de otro estado; una nación dentro de otra nación, teniendo por prójimos, al más prójimo, es decir, al igual. De allí que San Pablo tuviera que decir: «ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gál 3, 28). Lo problemático de la doctrina judía, que no encuentra su centro sino en el problema del Mesías, no ha llevado al cristianismo a ser anti-judío; la Iglesia siempre ha sido aristotélica y ha sabido separar la obra de su autor; de allí que todo anti-semitismo entendido como un odio a una raza, sea siempre anti-católico, como ya dijimos.

c. Que la doctrina de la Sinagoga es una doctrina de dominación anticristiana

Pero decíamos que Wast se había tomado el ímprobo trabajo de consultar las fuentes judías para hablar del pueblo elegido; de este modo pensaba que no sería atacado (un tanto inocente el hombre...).

Con Teodoro Herzl a la cabeza, «el gran apóstol de la restauración de la patria israelita» nos decía que «la cuestión judía existe dondequiera que habitan judíos en cierta cantidad... No es ni una cuestión económica, ni una cuestión religiosa, aunque a veces tenga el color de una y otra. *Es una cuestión nacional*, y para resolverla tenemos que hacer de ella una cuestión mundial»⁴⁹. Es por medio del poder y a partir del dinero como el judío intenta la dominación mundial, pues «nadie ha perfeccionado tanto el sistema capitalista como los banqueros judíos, por ejemplo, Rothschild» pero «nadie lo ha condenado con más acerbidad como los economistas judíos, por ejemplo, Marx»⁵⁰, de allí que este último nos recuerde que «*el dinero es el celoso Dios de Israel*, ante el que no puede legítimamente prevalecer ningún otro Dios (...). El Dios de los judíos se ha secularizado, se ha convertido en Dios universal. La letra de cambio es el Dios real del judío»⁵¹.

Como el mundo, según el Talmud, «no ha sido creado sino a causa de Israel», el pueblo escogido «tiende a destruir las (patrias) de los otros. Es patriota como ningún otro pueblo, y, al mismo tiempo, fácil para abandonar la patria. Se le encuentra en todas partes, pero no es asimilado en ninguna. Y la razón es simple: *la patria real del judío moderno no es la vieja Palestina; es todo el mundo*, que un día u otro espera ver sometido al cetro de un rey de la sangre de David, que será el Anticristo»⁵².

H.W. entiende que, si bien Israel es el Mesías, al final de los tiempos este pueblo se verá confundido por un líder político-religioso que no será sino quien se ponga en lugar de Cristo («Anticristo» no significa «el que está en contra de Cristo» sino «el que está en lugar de Cristo»); este «Mesías dará a los judíos el imperio del mundo, al cual estarán sometidos todos los pueblos»⁵³.

¿El Mesías? ¿Acaso los judíos esperan el advenimiento del Mesías? —se pregunta. Es posible que algunos judíos, de esos que todavía lloran al pie del Muro de las Lamentaciones en la Ciudad Santa, conserven la esperanza de un mesías personal, que vendrá como un rey omnipotente a realizar las profecías. Pero la inmensa

49 Teodoro Herzl, *L'Etat juif*, París, Librairie Lipschutz, 1926, p. 17 ; citado por HUGO WAST, *op. cit.*, 38.

⁵⁰ HUGO WAST, *op. cit.*, 23.

⁵¹ KARL MARX, *op. cit.*, 21.

⁵² HUGO WAST, *op. cit.*, 23.

⁵³ Trat. Schahb, f. 120 c.l. citado por HUGO WAST, *op. cit.*, 35.

mayoría, inclusive sus teólogos de más autoridad, han abandonado hace tiempo esa interpretación. No creen en el Mesías, pero creen en la *misión mesiánica de Israel*⁵⁴.

Dicha convicción por la «misión mesiánica» de la cual habla Wast, se realiza por medio de la doctrina judaica, que llega a ser, en palabras de Marx, *la enemiga mortal de la religión del estado*, y, especialmente, será más enemiga del estado cuanto más éste *profese como su fundamento el Cristianismo*⁵⁵.

De allí que —sigue diciendo el autor de *El Capital*, citando a Bauer— «los judíos no deban abrazar el cristianismo, sino la *disolución del cristianismo* y de la religión en general, es decir, la ilustración, la crítica y su resultado, la libre humanidad»⁵⁶. Dicha dominación no sólo por medio de las ideas (prensa, cine, cultura, etc.), sino por medio de la economía, cuyo fundamento será la usura. Con palabras que parecen más cercanas a Hitler que a Marx, nos confiesa este último:

¿Cuál es el fundamento secular del judaísmo? La necesidad *práctica*, el *interés egoísta*. ¿Cuál es el culto secular practicado por el judío? La *usura*. ¿Cuál su dios secular? El *dinero* (...). El judío se ha emancipado *a la manera judaica*, no sólo al apropiarse del poder del dinero, sino por cuanto que *el dinero* se ha convertido, a través de él y sin él, en una potencia universal, y el espíritu práctico de los judíos en el espíritu práctico de los pueblos cristianos. *Los judíos se han emancipado en la medida en que los cristianos se han hecho judíos*⁵⁷.

Coincidiendo con Wast, podríamos decir que «el judaísmo no es una nacionalidad, no es una religión; es un nacionalismo; mejor todavía, *un imperialismo*»⁵⁸.

d. Que lo que impera en el judaísmo actual es el espíritu del Talmud

Como vimos más arriba, es común pensar que con el judaísmo nos une el Antiguo Testamento, sin embargo no es tan así. O no es siempre así. «El judío es un pueblo atado a un Libro, el Libro por excelencia, la Ley, la Thora. En realidad forman la Thora los cinco libros del Pentateuco que escribió Moisés. Pero los judíos sólo aceptan la Thora con las interpretaciones que los Rabinos han ido transmitiendo de boca en boca como palabra de Dios superior a la del mismo Moisés, interpretaciones que han quedado consignadas y en cierto modo petrificadas en un voluminoso libro, llamado el Talmud, que es el código civil y religioso de los judíos»⁵⁹.

En consonancia con esto, y citando a varios autores judíos Wast⁶⁰ afirma:

Si los judíos se hubieran regido solamente por las leyes de la Biblia, habrían acabado por confundirse con los pueblos cristianos. Mas se aferraron al Talmud, su código religioso y social, selva inextricable de prescripciones rigurosas que conferían a los rabinos, sus únicos intérpretes, una autoridad superior a la de Moisés y de los Profetas. «Hijo mío», ordena el Talmud, «atiende más a las palabras de los rabinos que a las palabras de la Ley»⁶¹. «Las palabras de los antiguos [léase rabinos] son más importantes que las palabras de los Profetas». El gran rabino Michel Weill, en una obra fundamental, dice: «Israel debe a la moral del Talmud en buena parte su conservación, su identidad y el mantenimiento de su individualidad en el seno de la

⁵⁴ HUGO WAST, *op. cit.*, 35.

⁵⁵ KARL MARX, *op. cit.*, pps. 2 y 4.

⁵⁶ KARL MARX, *op. cit.*, 19.

⁵⁷ KARL MARX, *op. cit.*, 20.

⁵⁸ HUGO WAST, *op. cit.*, 37.

⁵⁹ JULIO MEINVIELLE, *op. cit.*, 31.

⁶⁰ HUGO WAST, *op. cit.*, 25-26.

⁶¹ Tratado Erubin, *fol. 21b.*; citado por HUGO WAST, *op. cit.*, 26.

dispersión y de sus terribles pruebas»⁶². La misma idea, en Bernardo Lazare: «El Talmud formó a la nación judía después de su dispersión... fue el molde del alma judía, el creador de la raza»⁶³. Pero al Talmud ya no lo leen sino los rabinos; la mayoría de los judíos ignora la lengua —un antiguo caldeo, muy difícil— en que está escrito. Es verdad: el judío moderno ha perdido las ideas sobrenaturales; no cree en Dios y si observa algún rito religioso no es por piedad, sino por nacionalismo. Él no lee el Talmud, pero su rabino lo lee, y eso basta para que el fuerte espíritu de la obra se difunda en ese pueblo que ve en sus sacerdotes a los conductores de la raza. «El judío irreligioso y a veces ateo», dice Lazare, «subsiste porque tiene la creencia de su raza. Ha conservado su orgullo nacional»⁶⁴.

Pero ¿qué lo hace pensar así? «¿Cuál es —se pregunta Wast— el espíritu del Talmud»⁶⁵? En dos palabras: *el orgullo nacional* y *la astucia* (...). «No se tema que un buen israelita pueda ofenderse porque le digan orgulloso y astuto. La simplicidad y la humildad son virtudes del Evangelio, no del Talmud» —nos dice. Se trata de una moral utilitaria, como dice uno de sus autores; una moral que busca la sabiduría (*hokma*) entendida como habilidad y astucia⁶⁶.

Desde la más remota antigüedad los judíos conocían la ley a partir de la oralidad, con la cual interpretaban la ley mosaica y los profetas. Dicha ley tenía por nombre *Mischna* (segunda Ley) que, con el andar de los siglos, llegó a ser infinitamente copiosa y confirió un poder inmenso a los doctores que la conocían y la interpretaban. Fue finalmente, en el siglo II de la era cristiana, cuando el rabino Jehuda *el Santo*, «condolido de la desaparición paulatina de tantas prescripciones, resolvió recogerlas por escrito, violando con ello cierta regla que lo prohibía. Convocó un sínodo de doctores y empezó la redacción de la *Mischna*, y luego aparecieron los comentarios de los rabinos, o sea la *Guemara*. Estos comentarios constituyeron el Talmud»⁶⁷.

Valga decir que, a partir de este momento, comenzaron a transcribirse tendenciosamente las profecías mesiánicas, cuidando que no develasen a Quien ya había venido: Jesucristo.

e. Que los *Protocolos* quizás son falsos pero...

Para los neófitos, lo que se conoce bajo el nombre de «Los protocolos de los sabios de Sión», es un conjunto de veinticuatro actas que habrían sido confeccionadas en 1897, en Basilea, por los principales jerarcas judíos. Allí, con lujo de detalles, se lee el plan sistemático de dominio a poner en práctica a lo largo del siglo XX.

La primera edición de los *Protocolos* vio la luz en San Petersburgo (1902) con el nombre de *Lo grande en lo pequeño y el anticristo como posibilidad inmediata de gobierno*, bajo la responsabilidad de un monje católico llamado Sergio Nilus. Dicho religioso declaró que los manuscritos le habían llegado en francés y a partir de un robo sufrido por el judío Teodoro Herzl. Vale recordar que la autenticidad de los *Protocolos* ha hecho derramar cataratas de tinta.

⁶² Michel Weill, *Le judaïsme, ses dogmes et sa mission*, «Introd. générale», París, Librairie Israélite, 1866, p. 135 ; citado por HUGO WAST, *idem*.

⁶³ BERNARDE LAZARE, *op. cit.*, t. I; citado por HUGO WAST, *idem*.

⁶⁴ BERNARDE LAZARE, *op. cit.*, t. I, p. 138; citado por HUGO WAST, *idem*.

⁶⁵ HUGO WAST, *El Kahal-Oro*, 27.

⁶⁶ ADOLPHE LODS, *Les Prophètes d'Israël*, París, La Renaissance du Livre, 1935, p. 374 (citado por HUGO WAST, *idem* 27).

⁶⁷ HUGO WAST, *op. cit.*, 27-28.

Lo que Wast discute no es su autenticidad, sino su cumplimiento; en efecto, quien se anime a leerlos (si los consigue impresos pues están fuera de circulación) creará estar leyendo algo actual por las innumerables coincidencias con la realidad: el dominio de los medios de comunicación, la industria, la empresa y la judaización del cristianismo, son sólo algunos botones de muestra, de ahí que Martínez Zuviría dijera con anticipación: «sin pronunciarme sobre la insoluble cuestión de su autenticidad, me limitaré a decir que con buenas palabras los judíos alegan que son falsos; pero, con hechos, todos los días nos prueban que son verdaderos. *Los Protocolos* serán falsos... pero se cumplen maravillosamente»⁶⁸.

Poner en duda la falsedad de los *Protocolos* era (y es) análogo a poner en duda hoy el *Holocausto* o los 30.000 desaparecidos... Quien lo hiciera no la sacaría gratis, como le sucedió a Wast, quien no tenía empachos ni temores⁶⁹.

* * *

Podríamos seguir, pero creemos que con lo dicho ya es suficiente como para cavarnos la fosa; lo que no queremos es que sea demasiado honda para no incomodar al sepulturero. Meterse a hablar de los judíos no resulta cómodo. Wast bien podría habernos evitado la cicuta. Y no resulta cómodo porque hoy, como en épocas de Nuestro Señor, decir la verdad es plausible de sanción. Sanción desde afuera y sanción desde adentro. Quien lo haga, debe estar dispuesto a ser ofendido, despreciado, silenciado.

Recuerdo haber escuchado que, cierta vez, le comunicaron al Padre Meinvielle que su libro sobre el pueblo elegido estaba siendo durísimamente criticado por los medios⁷⁰. Con talante tranquilo, respondió sin dudar: «Los insultos de los judíos me honran». Es que la verdad siempre honra, aunque a veces duela.

Las verdades proclamadas por Wast, asimismo, no van contra su persona; no debemos engañarnos. Como bien nos decía uno de sus detractores al principio de estas líneas, «sus raíces son otras»; lo que se intenta atacar al silenciarlo, lo que se intenta prevenir, es el resurgir de un «cristianismo ortodoxo», de un «nacionalismo católico», al estilo de «Meinvielle, Pío XI y Pío XII»⁷¹.

No debemos caer en equívocos; al enemigo de la Iglesia no lo amedrentan sólo las líneas escritas por Wast, sino el catolicismo militante que aquél encarna; el modelo de hombre comprometido con la Verdad que sigue proclamándola «desde el tejado». Ese catolicismo que trata de «rehacer el mundo desde sus cimientos» (Pío XII) ante una apostasía silenciosa ya no silenciosa, sino rimbombante.

Pero, podríamos preguntarnos: ¿Hacía falta repetir estas consideraciones? ¿Hacía falta una defensa de uno de los más grandes escritores que ha dado la Argentina? Creemos que sí, porque si Cristo es el amor de los amores, el temor a sus enemigos es el temor de los temores.

⁶⁸ HUGO WAST, *op. cit.*, 30.

⁶⁹ «Para los hombres de su raza (judía) (*los Protocolos*) equivale a la *Imitación de Cristo*», llegó a escribir (HUGO WAST, *op. cit.*, 201).

⁷⁰ JULIO MEINVIELLE, *op. cit.*

⁷¹ HORACIO VERBITSKY, *op. cit.*

Hugo Wast, no dejó de proclamar la verdad ni de someterse a la conspiración del silencio; y todo ello tuvo un premio: el premio de la persecución, como había proclamado el Mesías prometido: «si a mí me persiguieron también os perseguirán a vosotros»). Para seguir sus pasos e imitar su ejemplo, basta recordar la única palabra que permitió colocar en su sepultura: «Adsum»: *¡estoy presente!*

P. Javier Olivera Ravasi

APÉNDICE

Carta de Hugo Wast al diario La Nación, 1935

¿Es lícito en la Argentina hablar de los judíos?

Buenos Aires, Agosto de 1935

Señor Director:

Permítame que le comunique un episodio reciente, que quizá tenga interés para numerosos lectores.

En Argentina nos jactamos de gozar de una libertad de prensa tan amplia que, a veces, nos parece excesiva. Nos imaginamos que se puede escribir sobre todo, especialmente sobre los frailes, el Papa, la patria y Dios. Y cuando digo *escribir sobre, quiero decir escribir contra*. Y si alguien nos afirmara que esa maravillosa libertad es sólo aparente, y que hay un poder oculto que ejerce la más tiránica de las censuras, sin que el público lo advierta, no faltaría quien le replicase indignado: ¡Tal poder no existe!

Y bien, yo acabo de sentir la presión de esa mano, que desde la sombra maneja algunas de nuestras libertades. Y voy a referir cómo.

Cierta importante empresa editó algunas novelas mías, y me asignó, como derechos de autor, determinado espacio en revistas de gran circulación, para anunciar mis libros.

Publicó algunos avisos de «El Kahal» y «Oro», cuando de pronto, un grupo de anunciadores judíos le prohibió esa propaganda, so pena de boicot. Un aviso más que publicara significaría su ruina, porque el 80% de la publicidad, base financiera de esos periódicos, proviene de empresas estrechamente solidarias y obedientes a las instrucciones del Kahal...

Ahora yo preguntaría a los hombres prudentes, que me acusan de provocar el peligro judío, con la misma ingenuidad con que el indio acusa al termómetro de provocar la fiebre, si sospechaban que el Kahal controlase hasta los avisos de nuestros periódicos.

Deseo dejar bien establecido que yo no discuto el derecho con que estos señores dan o retiran anuncios.

Me limito a preguntar a los escépticos y a los que suelen espantarse de cuatro frailes congregados en un convento ridículamente pobre, sin no los inquieta un poco más el saber que existe en nuestro joven país, una organización secreta y extraña a la tradición argentina, verdadera peña de magnates, señores de las finanzas y más que todo, dueños de orientar o de extraviar la opinión pública, por el control que ejercitan sobre los periódicos y hasta sobre los cinematógrafos y las agencias de noticias.

Si para cortar la publicación de un simple anuncio, este poder ejerce tan irresistible presión, que no hará para impedir que aparezca una noticia o que se escriba un editorial, o para desencadenar una campaña de prensa que favorezca sus planes o negocios.

El Kahal es omnipotente por sus recursos y por la ciega disciplina de los factores humanos que maneja.

En los famosos «Protocolos de los Sabios de Sión» se dispone lo siguiente: «El que quiera atacarnos con su pluma no encontrará editor» (Sesión 12).

Los mismos que sostienen con palabras la falsedad de los «Protocolos», cada día con hechos nos prueban su verdad.

Una violenta campaña de pasquines ruge en torno de mi nombre. Me atacan con las armas habituales: la intriga y la calumnia, y me atacarían mucho más, si no temiesen dar enorme resonancia al libro que quisieran aniquilar.

Aquí todos (sin ninguna excepción) podemos hablar de todo (con una sola excepción). Podemos hablar de los alemanes y de los españoles; de los jesuitas y de los musulmanes, podemos blasfemar de Dios y negar a la patria, porque eso es ser librepensador.

Yo tenía delante de mí ese inmenso campo, para cubrirlo de tinta y de bilis. Y no lo hice. En cambio quise tratar en un libro, sin injurias y sólo con citas de grandes autores judíos, para que fuesen testimonio irrecusable, de la peligrosa política del Kahal, y eso no es lícito. Nuestra Constitución lo permite, pero el Kahal lo prohíbe.

Y aunque la inmensa mayoría del país esté conmigo, y repita en voz baja, lo que yo he dicho sin reservas, **seré perseguido —según me anuncian—, hasta la quinta generación.**

No me inquieta. Soy argentino y estoy en mi patria, en esta sagrada tierra sobre la cual se fijaron hace 40 años los ojos inteligentes de Teodoro Herzl, el gran judío, que lanzó la idea de restaurar su nación y entrevió en la nuestra la futura Palestina (L'Etat Juif, Pág. 94).

Por poderosos que sean los recursos del Kahal y hábiles sus intrigas, no temo que lleguen a hacerme extranjero en mi patria.

Ellos tienen centenares de millones. La lluvia y el sol argentinos están en sus manos. Yo no tengo nada. He labrado materialmente la tierra, he dado a mi país trece hijos, he escrito treinta libros, traducidos a casi todos los idiomas europeos, inclusive al ruso, y me he negado a retirar el último, que ha aparecido en buena hora.

Creo haber cumplido con mi deber.

Agradezco al señor Director la atención que se ha dignado prestarme y lo saludo atentamente.

Hugo Wast

Dr. Gustavo Martínez Zuviría